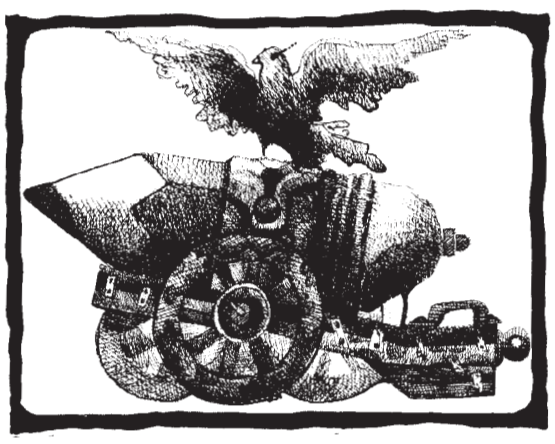
Todos somos exiliados de algo o de alguien (…). En realidad, esa es la verdadera condición del hombre.

Cristina Peri Rossi
(La nave de los locos)

Suplemento CULTURAL



Editor y diagramador
Rafael Cuevas Molina

Página web
Maureen Barrantes

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA).
Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal n.° 86-3000 Heredia, Costa Rica, o al correo electrónico rafael.cuevas.molina@una.cr

Se acepta canje.

NÚMERO
106
Octubre-diciembre 2013

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA



Historia de una pasión: si luchas tanto, algún talento tendrás

Entrevista de Rafael Cuevas Molina a la bailarina y coreógrafa Nadayure Harley

En 2013 el Festival de Coreógrafos Graciela Moreno dedicó su XXX edición a la bailarina y coreógrafa Nandayure Harley, profesora de la Escuela de Danza de la Universidad Nacional.

Rafael Cuevas (RC): Nandayure, ¿cómo entraste al mundo de la danza?

Nandayure Harley (NH): Es muy interesante porque, precisamente este año he estado recordando cómo empecé a bailar yo, de los barrios del sur de San José; allá por la Y griega, en donde vivíamos, mi mamá me matriculó en un kinder cualquiera, y la maestra del kinder me puso a bailar *El vals de las flores*; no sé de dónde a esa maestra, de la que ni siquiera recuerdo el nombre, se le ocurrió poner a bailar a los niños y a las niñas que estábamos en ese kinder, y a mí me ponía en el centro y todas las chiquitas me hacían ronda. Ese es el primer recuerdo de mi primer contacto con la danza "formal", esa danza de las flores en la que yo llevaba el tutú blanco aunque a mí me gustaban más el morado y el rosado.

Luego, mi madre, como madre soltera necesitaba un colegio-casa-cuna, algo así como un semi internado en dónde dejarme, y de repente ella supo que en el Castella los estudiantes entraban a las siete de la mañana y salían a las cinco de la tarde, y a mi mamá le pareció perfecto y entonces me metió a ese colegio, que en ese tiempo quedaba en La Sabana, era una casita pequeñita que tenía cuatro o cinco aulas con una mata de chayotes en el centro del patio, debajo de la cual almorzábamos. Fue ahí en donde tuve los primeros contactos con las distintas disciplinas artísticas, y ahí empecé a enamorarme de las artes.

(RC): Quiere decir que en tu familia no había nadie que cultivara las artes y que pudiera haberte enrumbado hacia la danza.

(NH): Mi padre, según tengo entendido porque no tuve mucha relación con él, tocaba guitarra y era amante de la literatura indigenista y por eso me llamó Nandayure y a mi hermana Nayarith. Tal vez sería lo único que le agradezco a mi padre. Pero que hubiera una inclinación artística en la familia, lo desconozco. Yo creo que, más que una inclinación artística en la familia, lo que todos los seres humanos tenemos es un artista adentro, lo único que falta es que haya algún detonador que despierte esa sensibilidad hacia las artes.

(RC): Si en el Castella había un panorama amplio respecto a las artes, ¿por qué te llamó la atención la danza?

(NH): Yo estuve en escultura, en pintura, en la que no me iba nada mal y hasta expuse uno que otro cuadro que hice con alguno de los profesores del colegio. Por otro lado, Mayra Jiménez publicó en Venezuela un libro de poesía infantil en donde hay un poema mío que se llama *Por qué tengo mis manitas azules*. Me gustaba mucho la música y estudié un tiempo piano y flauta, y me encantaba la trompeta y el canto, tanto así que en la Universidad de Costa Rica estudié con beca porque cantaba en el coro de la Universidad. Pero con la danza me sentía más a gusto, sentía que era más cercana a mí, que me podía expresar mejor, manifestar mejor; me gustaba el reto de la danza, la técnica, aprenderse los pasos, subir y bajar; era una competencia, también, que había con las demás compañeras, y me encantaba salir a escena disfrazada de algo, representando algo que no era yo pero que al mismo tiempo era yo. La danza, entonces, me atrapó desde muy pequeña. Cuando estaba como en tercer año del colegio decidí que quería ser bailarina profesional, así que después que terminaban las clases del Castella me iba al Ballet Nacional a hacer más clases y terminaba como a las ocho o nueve de la noche, porque como yo no era muy diestra, me dejaban estar en el Ballet Nacional siempre y cuando hiciera todas las clases que se daban en el día, así que yo hacía la clase de las tres, la de las cinco y la de las seis; me quedaba a todos los ensayos, me aprendía todas las coreografías de ballet clásico, que es lo que se hacían en el Ballet Nacional, los pedacitos de la sílfides, y jamás me ponían a bailar. Pero la maestra, la guatemalteca Marina Durán, una vez me dijo: "si luchas tanto, algún talento tendrás".

Yo creo que ahí tomé la decisión de enrumbarme hacia la danza, como a los quince años. Luché, y salí del Castella, entre a la Universidad de Costa Rica, me fui a los Estados Unidos como un año, regresé porque no me gustó tanto vivir en ese país, estudié ciencias del hombre y anduve entre la sociología, la antropología, el inglés, el francés y la educación especial; es decir, anduve entre varias ciencias sociales, y cuando abrieron la Escuela de Danza en la Universidad Nacional en el setenta y cuatro pues di gritos de alegría, a disgusto, por supuesto, de la familia, que nunca quiere que uno estudie danza porque cree que uno se va a morir de hambre.

(RC): Como persona, ¿qué te ha dejado la danza en tu vida?

(NH): Yo diría que la danza es la columna vertebral de mi vida, es la tabla de salvación, es lo que me ha reafirmado, lo que he rescatado de perder el rumbo en algunas oportunidades. Ha representado mi contacto con el pueblo, con mi país, con los jóvenes, me ha permitido crecer, desarrollarme, sentirme a gusto y dar gracias porque cada día hago lo que más amo hacer en la vida. Es mi gran pasión. Por supuesto que los hijos, la familia también son una gran pasión, eso no lo podemos dejar de lado, pero lo que me ha permitido crecer como ser humano ha sido la danza.

2

(RC): ¿y cuáles han sido los temas que has tratado y los problemas que has abordado en la danza?

(NH): Temas existencialistas del ser humano contemporáneo, su problemática y su entorno, que tienen que ver con la naturaleza y su destrucción. Estos son temas que me preocupan y me apasionan, y por eso hice obras que intentaban incentivar el análisis y la reflexión. También he tratado temas sociales como las migraciones y de la búsqueda de la identidad.

Existencialmente me interesan temas como el otro yo, es decir, el otro ser humano, la otra persona que uno lleva a dentro, quién soy yo, las diferentes aristas, las diferentes personalidades que uno muestra y otras que uno sabe que tiene pero que no muestra. O cuál es mi proyección hacia la sociedad, qué es lo que creo que la sociedad ve de mí, qué es lo que yo puedo darle a ella.

(RC): Y aparte de la parte conceptual, de contenido, ¿qué te preocupa técnicamente?; ¿Cuándo bailás, cuando hacés tus coreografías, tenés retos que se te han venido presentando o que has superado?

(NH): Los retos principales tienen que ver con la edad, con un cuerpo que ya no tiene las condiciones, las habilidades y destrezas, que tiene más limitaciones.

(RC): ¿Qué límites son esos que te pone el cuerpo?

(NH): La poca flexibilidad de la espalda, por ejemplo. La menor flexibilidad de la columna vertebral. Esos son límites. Otro: la pérdida de la elevación a la hora de saltar. Perdemos el salto rápidamente, y con la edad vamos perdiendo el tono muscular. Sin embargo, el cuerpo me sorprende cada día y me asombran las cosas que yo logro con mi cuerpo que me sigue ofreciendo otros caminos que ya no son los tradicionales. Ya no me preocupa saltar, ¿a quién le tengo que demostrar que yo tenía buen salto? Pues qué pena que lo perdí, pero tengo otros caminos, otras vías por dónde ir, y son cada vez vías más internas, más profundas, más buscando dentro de mi ser. Y qué bueno, porque se supone que uno debe madurar, debe profundizar en todo su ser, y en ese caso la danza me da esa posibilidad. Mi coreografía *Bailar por siempre* es una reflexión sobre lo que nos pasa a los bailarines en general, pero también sobre lo que me está pasando a mí actualmente, con mi cuerpo, con la edad, con lo que estoy enfrentando día a día. Es una reflexión sobre la profesión, pero sobre la profesión que se está expresando en una persona que se llama Nandayure. Afortunadamente, es una reflexión desde lo mío pero universal.

(RC): Y en el otro, en los que te acompañan en una coreografía, ¿qué buscás, qué valorás?

(NH): En los que me acompañan en una coreografía sobre todo busco entrega, disciplina, respeto y, por supuesto *artisticidad* que, algunas veces, no la tienen tanta pero yo se las busco y se las encuentro. Porque si la persona es entregada, tiene pasión, deseos, lo logra. Pero tiene que ser una persona que ya tenga herramientas. A los bailarines jóvenes que están trabajando y dando los primeros pasos conmigo en la Escuela de Danza yo les entrego toda mi sabiduría, lo que sé, y me encanta trabajar con ellos, con principiantes, porque están abiertos como esponjas para recibir el conocimiento y lo que uno les quiera brindar. Pero cuando busco un elenco yo quisiera que fuera lo más profesional posible porque puedo trabajar y darles duro, con el látigo, en el sentido de exigirles más y más y más, total dedicación, puntualidad y exigencia técnica e interpretativa. Y por eso muchas veces a algunas personas no les gusta mucho trabajar conmigo porque soy exigente.

(RC): El medio es a veces un poco blando.

(NH): Si, también porque es más fácil pertenecer al término medio de los bailarines en el mundo, no son principiantes pero no son avanzados tampoco, no son profesionales. Es un nivel muy cómodo; para dar el salto hay que joderse, hay que trabajar muy duro, hay gente que está dispuesta y hay otra que no lo está. Nada más selectivo que la danza. La danza se encarga de seleccionarte porque la lucha es dura y es diaria.

(RC): ¿Cómo ves la danza costarricense hoy en día?

(NH): Es una pregunta que me da pánico que me la hagan. Pienso que el movimiento de la danza en Costa Rica es muy fuerte. Tiene un lugar privilegiado en el mundo porque es un país muy chiquito con una fuerza tremenda en su movimiento de danza que crece, y crece, y crece sin importar los problemas económicos que haya. Por eso la danza costarricense tiene un lugar privilegiado en el mundo: porque es un país pequeño con un movimiento dancístico fuerte.

Quizá lo que yo extraño un poco en la danza costarricense es la danza con identidad cultural. Estamos muy entretenidos y muy deseosos de traer técnicas externas y de viajar para ver cosas en el mundo, lo cual me parece fantástico porque enriquece la danza nacional, pero no olvidar nunca de dónde venimos, cuál es nuestra identidad, cuál es la identidad de la danza costarricense y, por lo tanto, de la danza centroamericana y latinoamericana.

No puede ser posible que nosotros bailemos los mismos temas y de la misma manera en que baila un francés, un suizo o un norteamericano. Eso es lo que más extraño, y no digo que lo extraño solamente en los demás, lo extraño en mí misma también.

(RC): Hablamos de formas de expresarse que tengan que ver con lo propio pero, para ser más concretos, ¿de dónde te inspirarías, cuáles serían las cosas o los elementos a los cuales verías, cuáles serían las tradiciones o las expresiones culturales para poder hacer esa danza con raíz propia?

(NH): La problemática nacional

(RC): Pero, digamos, el tema de las migraciones, que puede ser tratado por un español yéndose a Alemania, un nicaragüense viniendo a Costa Rica, o un tico yéndose para New Jersey, y dijiste que no podemos decirlo de la misma forma. Ese "decirlo de otra forma", que supongo que tienen que ver con tipos de movimiento o formas específicas de expresarse, ¿de dónde proviene, en dónde hay que bucear para encontrarlo?

(NH): Hay que ir a Guayabo, hay que ir a Copán, hay que ir a Tikal. Ahí está el lenguaje, lo que pasa es que no lo vemos o no lo traducimos. Está en todas las estelas, en las figuras. Uno ve en los guerreros sus gestos, sus formas, su manera de pararse, de poner las manos. Y no solamente en esos vestigios en donde están dibujados los movimientos, y en donde prácticamente lo que hay que hacer es crear la transición entre el movimiento congelado de la escultura, el relieve o el dibujo al movimiento de la danza, lo cual ya se ha hecho, no digo que no. Pero también está en la naturaleza; nuestros árboles son diferentes.

Cuando vamos a la playa tropical, cómo es este mar cálido que nos acoge, cómo son las palmeras, los árboles olorosos de la guayaba. Y, por supuesto, en los acontecimientos sociales, que son una fuente directa de motivación.

(RC): ¿Decís que eso falta un poco?

(NH): Yo creo que eso está ausente del medio de la danza. Mejor dicho: algo hay, pero no es la preocupación más importante. Por las razones que sean. ¿Por qué? Porque la danza se ha ido más por temas existencialistas personalizados: "a mí me interesa hablar de cuando yo me fui y me caí por un risco". Temas muy personales e íntimos que, por supuesto tienen su valor, pero qué tal si vemos cómo eso puede tener un sesgo más propio, más centroamericano o más nacional. Creo que hace falta, yo lo echo de menos. ¿Dónde está la danza costarricense? En Brasil, por ejemplo, uno va y ve un espectáculo de butoh, lo más puro posible, hecho por los brasileños y, al final, lo que se rescata es la identidad cultural brasileña: cómo se mueven ellos, el color (aunque todos estén de blanco). Entonces yo digo, ¿por qué ellos sí y nosotros no?; ¿qué es lo que pasa, qué es lo que nos motiva o no nos motiva para lograr eso?

Entonces, eso echaría yo de menos en la danza nacional. Me incluyo en el paquete, porque no se trata de decir que los demás no y yo sí.

(RC): Fuiste la dedicada este año del Festival de Coreógrafos, probablemente si no el más, uno de los más importantes eventos de la danza costarricense. ¿Cómo te sentís con esto que podríamos caracterizar como un homenaje?

(NH): Agradezco los reconocimientos. Nunca sobran ni estorban y yo estoy muy agradecida; me sentí muy a gusto, muy querida la noche que bailé, me cedieron el Teatro Nacional para mí, lo cual ya de por sí es un premio, y el Teatro se llenó hasta la galería; era gente que quería compartir conmigo, que quería ver mi trabajo, que estaba dispuesta a ver lo que Nandayure les quería contar. Había una energía muy agradable, cuando empezó el espectáculo había un silencio total, la gente llegó con una tremenda disposición y eso me hizo sentirme muy a gusto, muy respetada, muy halagada.

Creo que el Festival me seleccionó no tanto porque yo haya hecho grandes aportes a la danza nacional, porque creo que otros trabajadores de la danza han hecho mayores aportes que los que yo podría haber hecho y sigo haciendo. Porque hay personalidades de la danza nacional como Mireya Barboza, Julián Calderón, Elena Gutiérrez, Cristina Gigirey, Rogelio López y otras que ahora no menciono, que han hecho aportes, han luchado y han logrado profesionalizar la danza y que por eso es que estoy donde estoy, por lo que los demás vienen haciendo y yo logré montarme sobre esa plataforma. Es cierto que he hecho, pero muchas personas antes que yo han hecho cosas muy serias. Hablemos, incluso, de la prehistoria: Margarita Berteau, Margarita Esquivel, Teresita Orozco, todas estas personalidades que verdaderamente trabajaron duro. Mireya Barboza, para presentarse en Bellas Artes en la Universidad de Costa Rica, tenía que entrar con una carreta con bueyes porque era un barreal, y así metía su escenografía al teatro. Eso no nos ha tocado a nosotros. No nos ha tocado dar función con dos personas sentadas en la butaca, y Mireya, si llegaba una persona, daba función. Entonces, yo creo que hay gente que ha trabajado muy duro por profesionalizar la danza en el país. Elena Gutiérrez logró conceptualizar la Compañía Nacional de Danza, habló directamente con el presidente Carazo y los diputados. Mireya Barboza, con su carrito Datsun 1000 acarreaba sacos de cemento y ladrillos que le regalaban, y yo la vi a ella solita mojando y mezclando ese cemento para hacer una pared y crear un estudio de danza.

Ya nosotros no hacemos eso, nosotros ya no luchamos así. No creo que tengamos que luchar o vivir las mismas cosas que vivieron estos pioneros de la danza, no tenemos por qué sufrir lo mismo, pero sí debemos valorar lo que ellos hicieron para nosotros estar aquí.

Y creo que eso es algo de lo que más se ha olvidado. Una de las cosas que le pasa a nuestro país es que no tiene memoria, pareciera que Costa Rica no tiene historia, entonces facilito construyo a partir de mi personalidad. Quizá eso me da temor de lo que está pasando con la danza en Costa Rica: se nos olvida de dónde venimos. Tal vez es un poco incierto para dónde vamos, pero sí tenemos que valorar de dónde venimos. Es el problema de no tener memoria, que es como no tener historia. Creo que esto está ligado con el otro asunto de la identidad cultural en la danza.

(RC): ¿Cuál creés que ha sido tu lugar en la danza costarricense?

(NH): Creo que la dedicatoria esta que me hicieron en el Festival de Coreógrafos fue porque yo estuve en la primera comisión organizadora del Festival. Fuimos Marcela Aguilar, Luis Piedra y yo. Fuimos los de la idea, aunque creo que Marcela fue la que lo propuso y los demás la apoyamos y fuimos y le propusimos la idea a doña Graciela Morena en 1981. Ella estuvo contentísima con la idea y la acogió inmediatamente. De las treinta ediciones del Festival, yo he participado entre veintisiete y veintiocho veces, y creo que como he sido la coreógrafa con mayor presencia y perseverancia en el Festival, y porque fui creciendo a lo largo de los años en él, utilizándolo como una ventana que me ha permitido presentar mis investigaciones, mis exploraciones, mis propuestas plásticas, se valoró cómo Nandayure empezó a construirse a sí misma y cómo lo hizo, en buena medida, a lo largo del Festival. Por eso fui seleccionada. También pudo haberse valorado que además de seguir siendo coreógrafa, sigo trabajando en la docencia y sigo bailando, que no todo el mundo lo hace porque no es fácil, y eso pudo haberse considerado como un buen ejemplo.

(RC): "Sigo bailando". ¿Hasta cuándo Nandayure?

(NH): Hasta que el cuerpo me dé. Yo quiero seguir moviéndome, es una necesidad vital verdaderamente; me siento a gusto, me gusta venir temprano a la Escuela de Danza, entrenar, hacer mis ejercicios especiales, mi entrenamiento personalizado; cuando estoy con mis estudiantes me gusta mostrar lo que yo les pido que ejecuten. Entonces, todavía mi cuerpo me sorprende y tengo facilidad de moverme, con algunas limitantes, por supuesto, pero también con algunas sorpresas. Entonces, cuando yo ya no esté disfrutando y ya me duela, y ya no quiera, seguramente voy a parar, será el momento en que yo diga "hasta aquí". Seguiré adaptando la danza a mis posibilidades expresivas, que tienen que ir tomadas de la mano con la edad.

Improvisaciones

Columna de Carmen Méndez



Las reflexiones sobre el tiempo y el espacio, más allá de lo que pudiera ser un ejercicio de las ciencias exactas, permite que nuestra imaginación se expanda sin límites. Ir allende de esas coordenadas, es lo que se encuentra en muchas obras de arte y específicamente, en las composiciones musicales escritas a partir de la segunda mitad del siglo XX, en las que la regularidad del ritmo, la exactitud de la altura y la simetría de la forma se diluyen hasta desaparecer el pulso, el compás, los tonos exactos denominados como do, re, mi, fa, sol, la y si… Lo observamos cuando las formas musicales superan la frase, el período, la repetición… en fin, se abre un horizonte inmenso de nuevas posibilidades sonoras.

Hace poco escuché un diálogo entre un compositor contemporáneo y una cantante de ópera. Ella le preguntaba que si él había compuesto alguna música melódica como la del siglo XIX. Él le contestó que no, porque no vive ni trabaja en ese siglo. Claro está, que componer con las características de los estilos clásico, romántico o impresionista, o bien siguiendo los rasgos de la música de salón, las canciones folklóricas, la música popular y su variedad de opciones, es totalmente factible en nuestro tiempo. Pero para el artista de hoy, que se ha propuesto construir nuevas sendas en la expresión porque ya no es la misma realidad y su universo se amplió, la misma vocación lo lleva a incursionar en la superación de las coordenadas de espacio y tiempo.

Con el surgimiento de la era espacial, la cibernética y la revolución científico tecnológica, los paisajes sonoros y visuales cambian, las relaciones interpersonales evolucionan, las inquietudes y necesidades de las personas varían. Es precisamente esto lo que el arte absorbe y el artista creador reinterpreta. Es lo inasible, lo muchas veces indescriptible, de lo que la obra nos habla.

Más allá de las expresiones sonoras y visuales, las diversas disciplinas artísticas se fusionan por la necesidad del creador de unir lo que él o ella han vivido y comunicar holísticamente su experiencia. Cuando surgió la ópera hace más de cuatro siglos, se realizó en escena esa función integradora. Hoy aparece el "performance" como medio expresivo actual.

El filósofo contemporáneo Hans Georg Gadamer afirma que la obra de arte es de un presente atemporal. El compositor norteamericano Charles Ives (Jorgensen: 1997) afirma que la música tiene "sustancia" y "manera". Agrega que la sustancia equivale al contenido musical y se capta individualmente. No importa la fecha de composición de la obra, porque le habla a lo profundo del ser humano de cualquier época. La manera se refiere, más bien, al estilo y se capta colectivamente, se trata de los rasgos identitarios de una época y lugar determinados. Precisamente el concepto de sustancia coincide con el presente atemporal descrito por Gadamer.

"Pues el arte, entre todo lo que encontramos en la naturaleza y en la historia, es aquello que nos habla de manera más inmediata y que exhala una familiaridad enigmática que se apodera de todo nuestro ser- como si no existiera en absoluto la distancia y como si todo encuentro con una obra de arte significara un encuentro con nosotros mismos... La obra de arte es de un presente atemporal." (2001: 151-152)

Escapar a nuestro tiempo y espacio no es fácil. Abstraerse de la realidad circundante tampoco. Pero, paradójicamente, ese es el ambiente que necesitan el artista profesional y toda persona que sienta la urgencia de realizarse a través de los procesos creativos. Refugiarse en sus propias elucubraciones mentales y emocionales, curiosamente, lo puede llevar a estar más alerta de ese objeto de estudio, ese momento y ese lugar, esa hora y esa localidad geográfica, que muchas veces, como en los sueños se traslapan, se devuelven, se transmutan…

Recientemente conversé con una joven artista, Fiorella Pattoni, que preparaba un proyecto interdisciplinario sobre sus recuerdos de infancia, performance con orfebrería, danza, expresión escénica, fotografía, música, tejido… Al transportar al día de hoy las vivencias de hace varios lustros, ella incursiona en ese presente atemporal del que habla Gadamer. En la actividad artística el auditorio participante experimentará por primera vez y como si fuera suyo, lo que la creadora ha edificado a partir de su mundo de vida. En la conversación Fiorella me contaba que la propuesta interdisciplinaria, también sería el fruto de una creación colectiva de varios jóvenes, a quienes ella reunió. Estaba inspirada en el leit motiv de las últimas palabras que le dijo su abuela materna antes de morir: "En el amor viviremos juntos eternamente".

¿Será ésta la respuesta metafísica para la superación del tiempo y el espacio?

Gadamer, H. G., 2001, Antología, España, Sígueme
Jorgensen, E., 2003, "In Search of Music Education"
Estados Unidos, University of Illinois Press

¿Podrá la danza ser sustentable?

Tripudium

Columna de Marta Ávila



Por tres días, se reunió la Red Universitaria de Investigación en Danza (RUIDANZA), convocada por la Maestra Lilia Palacios, que es su cofundadora y coordinadora, en la Facultad de Danza de la Universidad Veracruzana, en Xalapa, México. Esta vez, con la motivación de tratar el tema de *Sustentabilidad desde la danza*. A esta cita internacional acudimos Cardiela Amézcua del Departamento de Danza de la Secretaría de Educación de Michoacán; Atzimba Navarro de la Universidad Autónoma de Querétaro; Iguandili López Smith de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Panamá; Soledad Echegoyen de la Escuela Nacional de Danza "Nellie y Gloria Campobello" del INBA; Tonio Torres Hernández del Centro de Investigación para el Desarrollo Cultural y la Educación Artística / INBA de Aguascalientes y la suscrita.

La conferencia inaugural, a cargo de Cardiela Amézcua, sirvió de detonante para pensar este tema desde la danza. Contó del proceso participativo que utiliza en las comunidades para tratar aspectos de la cultura y la naturaleza, para que la gente reflexione sobre principios y valores con el fin de entender y proteger la tierra. Algunos de estos principios fueron expuestos en la Carta de la tierra y son su guía ética. En su ponencia nos recordó como los Purépechas (sus ancestros) en su cosmovisión saben que están de paso por la tierra, que son un segundo en la vida del planeta y, por esa razón, se debe vivir con respeto.

Luego del aporte de Amézcua, las anfitrionas Palacios y Ana Uribe, de la Facultad de Danza, presentaron al Dr. Lázaro R. Sánchez de CosustentaUV quien desde otra disciplina nos introdujo en el tema y estuvimos de acuerdo que nuestro modo de vida actual no es sustentable y debemos tener nuevos valores para sobrevivir.

Al finalizar estas ponencias pasamos al conversatorio, el cual se nutrió de la participación de la mayoría de los estudiantes de la carrera de danza con quienes discutimos sobre el Escenario de la sustentabilidad, antecedentes y contexto, así como la sustentabilidad y el desarrollo. Una vez los conceptos fueron comunes le dimos espacio a las artes y comenzamos a discutir sobre el reto social que estas tienen, y pasamos a identificar las oportunidades para la danza.

Un tercer tópico abordado fue la formación en danza y las acciones de sustentabilidad en las escuelas. ¿Es la danza una profesión sustentable? De igual modo se trató el compromiso social de los actores de la danza, y se abordó el tópico sobre propuestas y estrategias educativas en danza para incidir en la sustentabilidad.

Como tema final tratamos la creación y vinculación (extensión social) desde la sustentabilidad. Se compartieron experiencias de sustentabilidad a través de la danza, además de procesos creativos cuya temática fuera de enfoque sustentable. Y en este punto, muchos estudiantes compartieron sus proyectos y experiencias de vinculación desde la danza con perspectiva de sustentabilidad.

Como conclusiones generales hubo reiteradas intervenciones relacionadas a pensar ¿Para qué bailamos?, ¿Cómo uso el cuerpo y le doy el mejor aprovechamiento contra la explotación? ¿Cómo puedo llevar la danza a la gente y concientizar a través del cuerpo?. Se afirmó que la danza puede ayudar a dar muchas respuestas, que también se puede hacer danza a través de juegos escénicos para tomar conciencia del problema y conocer los procesos naturales y culturales. De igual forma, que se puede trabajar en comunidades, llevar la danza a las plazas, a la calle, es decir a muchos lugares, pues es una de las artes que más se acerca al concepto de ecosistema.

No es solo cuidar la tierra, se trata de educar desde lo simple, lo cotidiano, lo pequeño y con amor, incluyendo las artes en el proceso. Asimismo, el tema de la urgencia de transformación de los de estudios de las carreras de danza para hacer que esta profesión sea realmente sustentable y que todos podamos vivir desde nuestra disciplina no se pudo agotar.

En fin, esta fue una experiencia muy emotiva, primero por la acogida que se le ha dado a la RUIDA en el seno de la Facultad, la participación de los estudiantes y sus acertadas intervenciones. Y después por poder ver que una semilla que sembramos los fundadores de la RIUDA en 2005, hoy da sus frutos, porque así como bailamos, también es importante darle lugar al pensamiento desde la danza.

Fotografías

Crepúsculo

Columna de Felipe Ovares



Mi querida amiga Natalia quería una fotografía con Mafalda en San Telmo. Yo una en esquina de las calles Jorge Luis Borges y Costa Rica en el barrio Palermo. Esa mañana cálida de diciembre de 2011 nos encaminados desde el hotel Dos Congresos hacia el primer objetivo. Luego en la tarde, en el metro, iríamos por el segundo. Cruzamos el parque frente al Congreso y nos enrumbamos por la Avenida de Mayo. Una paradita, con fotografía para ella, en el Café Tortoni, la Peña Literaria de Borges, entre Tacuarí y Piedras. Seguimos hasta la Plaza de Mayo. Más fotografías. Giramos hacia la izquierda para visitar la Catedral Metropolitana. En la Plaza un paseante nos descifra: "Son turistas" me pregunta. "Si". Le respondo. Natalia no escucha. La veo frente a la Catedral. El hombre me cuenta: "Fui compañero de escuela de Humberto Maschio, que dirigió a Costa Rica hace muchos años. Soy hincha de Racing, La Academia". Le respondo: "Si. Tengo un lejano de recuerdo de Maschio. Soy seguidor del Herediano". Me despido. Paso la avenida Rivadavia. Frente a una de las columnas Natalia posa para otra imagen. Un cura es el fotógrafo. Ella es así, le habla a un muerto si es necesario. Me acerco. Él le devuelve la cámara y la bendice. Alcanzo a descifrar cinco palabras del Génesis: "trigo y vino en abundancia". Da la vuelta. Nos miramos. Es un hombre apacible. No es un cura de pueblo, tiene otros aires. Me sonríe. Sigue. En la avenida lo esperan. Se mete en un Fiat 500 y desaparece. En ese momento tanteaba recordar si fue con Maschio aquella victoria contra México en el desaparecido estadio Nacional con un golazo de Fernando "El Príncipe" Hernández, entonces no atendí lo que ella me decía. Y me hablaba y me hablaba. Ahora, mientras ojeaba el mapa callejero, tan sólo se me ocurrió decirle: "Crucemos la Plaza de Mayo". Necesitábamos llegar a la calle Defensa. Por allí nos encaminamos marcando las calles venideras: Adolfo Alsina, Moreno, me encantan cuando tienen nombres, avenida Belgrano. Parada con fotografía en la Iglesia de Santo Domingo y en el mausoleo de Belgrano. Continuamos, Venezuela, México. Internados en el barrio San Telmo. La siguiente calle es Chile, en esa esquina, los parroquianos dirían: "esquina Chile con Defensa o Defensa con Chile", allí está Mafalda sentadita en una banca. Es el barrio de Quino. A Natalia, que va leyendo una guía turística, le toco el hombro y le señalo la escultura. No sabe qué hacer. Se sienta junto a ella, la abraza, la besa. Le tomé unas veinte fotografías. A mí me tomó dos: una abrazándola y en la otra estoy ojeando el callejero pues sigue una visita a Caminito, con parada en el estadio del Boca Junior en el barrio de la Boca.

Ahí sentado recuperé una pregunta: "¿A quién se me parece el cura fotógrafo? No obtuve la respuesta pero el hilo de la búsqueda quedó activado. Más fotografías en el estadio. Y otras, muchas más, en Caminito. Las casas de colores llamativos, la pareja bailando tangos, el fuego y el olor de los asados, los restaurantes con sus mesas en la calle, el falso Maradona con el 10 de la albiceleste que cobra por posar.

Ese mismo día, a pesar del tránsito, nos pudimos colar en el *Subte* para ir al barrio Palermo. Nos bajamos en la estación de La Plaza Italia. Iba en busca de mi tercera fotografía. La primera fue junto a una escultura de Neruda en Valparaíso, la segunda con Mafalda. Allí está la calle Jorge Luis Borges, caminado hacia el Soho se encuentra con la calle Costa Rica, y en esa esquina sería el sitio de la imagen. Hay varias curiosidades en ese cruce, el negocio de la esquina se llama "Filippo Caffe Gelato", la calle Costa Rica, al igual que nuestro país, alguna vez tuvo un tranvía. De aquel transporte solo queda la huella de los rieles resistiéndose al pavimento y al olvido.

En la noche, con las luces apagadas, en la cama, mirando hacia un imaginario cielo raso recupero la imagen del cura de la Catedral. Es un rostro reposado pero macilento, sigo sin ligarlo con el de algún conocido. En cambio podría jurarlo, si me lo piden, que fue con Maschio el gane a México 1 a 0 y la derrota posterior en el Azteca 3 a 1.

Catorce meses después, el 13 de marzo de 2013, al llegar a la casa de mi amigo Javier, quien atiende mi llamada en la puerta es su esposa. Me recibe con humo blanco, la noticia esperada: "Ya eligieron al Papa. Bendito sea Dios". Le pregunto: "¿De dónde es?" Me responde: "Es argentino, imagínese". Dos horas después frente al televisor de un pequeño restaurant observé el rostro del nuevo Papa. Al verlo pensé, se parece al Rafilla, un panadero de San Ramón, amigo de la infancia de mi padre.

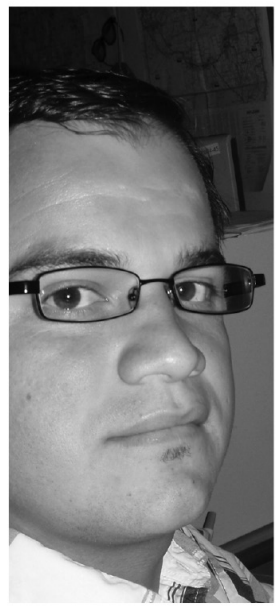
Desde el teléfono le escribí un mensaje a Natalia: "La fotografía en la Catedral de Buenos Aires se la tomó el Papa Francisco J " y le agregué una carita feliz.

Felipe Ovares Barquero
felipe_ovares@yahoo.com

Pacem in maribus
Navegar en el mar de las palabras. Soñar. Y naufragar.

Oráculo

Columna de Ricardo Sánchez-Murillo



I

Ananias Iturra no cerraría los ojos en el interminable descenso hacia el fondo marino. De alguna manera sentía que su cuerpo pertenecía al útero primigenio del océano. Cuarenta y dos años atrás, en un parto precipitado por el zarandeo de las encrespadas olas del Atlántico, vendría al mundo con una carta náutica unánime: ser marinero. Los testigos del inusual alumbramiento no daban al niño ni a su madre posibilidades de resistir las inclemencias del periplo hasta Italia. En medio de la presura y el desorden que conllevó el natalicio, el marinero y vicario general castrense de la embarcación, Augusto Burseen, optó por sacramentar a la criatura en alta mar, según su criterio *ad portas paradisi*. Veinte años más tarde en el puerto de Génova, un senil capitán narraría a un joven, que huía de las garras de una Europa desolada por la guerra, la historia de un bautizo improvisado bajo la estela de un error canónico, o mal augurio: a Ananias Iturra lo santiguaron con agua salada.

II

Emigró en busca de la tierra prometida y un mendrugo de pan diario. En la cartilla de viaje, el oficial de turno se percató de una descripción digna de anotar en el registro de inmigración en el puerto de New York: Ananias Iturra, veinte años, huérfano y marinero genovés de nacimiento *ad portas paradisi*. De barco en barco los años se fueron curtiendo a sal y sol. A bordo del buque Heredia vivió sus mejores travesías a través de los inverosímiles paisajes caribeños. Cuando la guerra se tornó un asunto mundial, el navío que había sido su hogar por veinte y dos años engrosó la flota naval estadounidense. Ananias, de carácter indomable, se enlistó y solicitó ser parte de la flotilla del Heredia. La guerra no estaba para miramientos ni para rechazar almas ingenuas. Ananias se convirtió en soldado.

III

Con el primer impacto, la colilla de ceniza se desmembró del cigarro. Ananias terminó el pitillo, se ajustó el cinturón, y espero el segundo torpedo sin inmutarse. Las manos callosas como arrecifes se aferraron a la barandilla tras el fogonazo. La tripulación brotó desconcertada de las entrañas del navío; en un santiamén un hormigueo de hombres se apoderó de la borda. Ananias tuvo el presentimiento que hace muchos años había presenciado el mismo ajetreo de cuerpos indómitos. Quizá era la misma imagen de ese sueño recurrente donde un anciano maloliente lo apoyaba en su regazo mientras rociaba un líquido en su cabeza que le hacía llorar sin reparo, mientras figuras alocadas corrían de un lado a otro con mantas manchadas de sangre. Repetidas veces habría de despertar con un cumulo de lágrimas inundando su rostro. Y un sabor a ostras y sangre quemándole la lengua. Con el tercer estallido, que desquebrajó por completo el casco del buque, Ananias y sus visiones fueron atropellados por un repentino borbollón que los lanzó al océano. Sin saber si aún estaba con vida, o si aquello era un trámite celestial, seguía con detenimiento el ballet de las piezas metálicas que eran atraídas junto a él por la oscuridad oceánica. Tres minutos bastaron para que el agua salada que un día había bendecido la vida de Ananias Iturra reclamara el hijo que había perdido *ad portas paradisi*.

Apostilla

El Heredia, navío que había servido a la United Fruit Company para transportar banano y café desde Port Limón a New York, formó parte de la flota naval del ejército estadounidense en la Segunda Guerra Mundial. El nombre lo debía a la esposa de un alto representante de la transnacional quien se enamoró de la ciudad herediana en Costa Rica. La mañana del 19 de Mayo de 1942, a las 8:56 a.m., un submarino alemán perpetró un ataque sorpresa en el Golfo de México. Tres torpedos destruyeron el buque.